

Melbourne, 2 de febrero de 1982

¡Siempre adelante!¹

Queridísimos:

Hoy os mando un saludo desde Australia.

Seguimos en camino en el Santo Viaje y no podemos pararnos ni mucho menos retroceder. Jesús ha dicho: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios» (*Lc 9, 62*).

Este nuevo continente, Australia, nos lo recuerda además con su escudo, que lleva dos animales locales elegidos a propósito porque no saben caminar hacia atrás: el canguro —¡el famoso canguro!— y una gran ave llamada emú.

Nosotros también debemos caminar siempre hacia adelante, con decisión. Y para caminar, lo sabemos, tenemos la Palabra de Vida, que es, como dice un Salmo «antorcha para mis pies, y luz para mi sendero» (*Sal 119, 105*). En este mes la Palabra es la siguiente: «Me he hecho débil con los débiles..., me he hecho todo a todos, para salvar a toda costa a algunos» (*1 Co 9, 22*).

Ésta es una Palabra que nosotros tenemos que amar muy especialmente. De hecho, nos recuerda el método típico de quien sigue el camino de la unidad, para llegar al «ut omnes»: hacerse uno con cada prójimo. Sí. Éste es el camino, porque es el mismo que Dios recorrió para manifestarnos su amor: se hizo hombre como nosotros, crucificado y abandonado para ponerse al nivel de todos, verdaderamente débil con los débiles. Y así abrió el camino al «ut omnes». Se dobló hacia nosotros, no se rompió. Al igual que la caña de bambú, que en Filipinas, por ejemplo, se usa mucho porque se dobla, pero no se rompe.

Nosotros estamos llamados a construir el «ut omnes»; por tanto, en primer lugar reavivemos nuestra fe en que cada hombre está llamado a la unidad, porque Dios ama a todos. Y no pongamos excusas: ése no entenderá nunca, aquél es demasiado pequeño para comprender, ése otro es pariente mío y lo conozco a fondo, está apegado a las cosas de la tierra, este otro cree en el espiritismo, ése tiene otra fe éste es demasiado viejo para cambiar, etc. No, fuera todos estos juicios. Dios ama a todos y espera a todos. Para nosotros el único deber es amar a cada uno, servirlo, haciéndonos uno hasta el fondo excepto en el pecado. Será Jesús quien se lo conquiste, si no ahora, dentro de diez días o veinte o treinta años, pero lo hará. Esta es mi experiencia.

Por tanto, concluyamos. ¿Cuál será el esfuerzo durante estos quince días? Revisar nuestra relación con todos nuestros prójimos, hacernos uno con cada uno, para orientar bien nuestra batalla hacia el «ut omnes».

Chiara Lubich

¹ Versión publicada en **La vida un viaje** Ciudad Nueva, Madrid 1984, pág.32